

hijo mio, para que la lleve conmigo á los cielos.....»

De mi frente brotaban gruesas gotas de sudor; avanzaba, retrocedia como hombre indeciso, y permanecia mudo, meditabundo, sin resolucion.

La mirada del anciano lanzó un destello de sobrehumano enojo: irguióse su cuerpo, que entónces pareció tener un codo más de estatura, como si su pensamiento le hubiese levantado del suelo; extendió hácia mí su brazo cargado de hierro: el calabozo se iluminó con el resplandor de su fé. ¡Creí ver el rayo interior de su mente brotar serpenteando en la tenebrosa mansion; su voz adquirió la colérica vibracion del profeta lanzando su maldicion terrible, horroroso rugido de los leones de Judá!

—¡Pues bien! dijo: puesto que os mostrais insensible á mis lágrimas; puesto que la caridad para un padre espirante no puede reavivar en vos el fuego amortiguado, puesto que aún vacilais entre la salvacion que el anciano implora y vuestro infame amor, no sois cristiano ni sacerdote de Jesucristo: apartaos de mí... ¡ya no os conozco! Salid de este calvario en que vuestro Maestro espira; no sois sino un verdugo más que le martiriza; no sois sino un testigo vil, indigno de presenciar cómo el cristiano padece y muere por el deber, pero digno tan sólo de vestir en la calle el traje ensangrentado del lictor que le mata. Sí, retiraos de mi presencia y de este lugar sagrado;

salid, pero no tal cual habeis entrado: salid llevando la cólera divina sobre vos y sobre el objeto.....

—¡Cesad, cesad, padre mio! ¡No la maldigais, deteneos: recaiga todo sobre mí!

De una sola ojeada leyó en mi rostro hasta dónde alcanzaba entónces su fuerza y mi terror, del mismo modo que el leñador ve el árbol que oscila.

—¡Escuchad! me dijo con acento solemne, como si hubiese hablado desde el otro mundo á hombres de carne que le escucharan desde este; hay en la vida una hora de luz, límite indeciso entre este y el otro mundo; hora en que el alma de los cristianos, pronta á desprenderse del cuerpo, ve ya las dos orillas del abismo de los tiempos; en que la atmósfera divina de la eternidad la ilumina en sus tinieblas con luz sobrenatural, y revelándole el sentido de las cosas terrenas, da una entonacion profética á sus últimos acentos. En esa hora se habla y se oye sin temor alguno; porque Dios es quien habla por boca del moribundo. Pues bien: yo me hallo en ese instante, y siento en mi corazon ese Verbo del Altísimo que habla sin equivocarse. Me ordena que arranque, con mano sobrehumana, á uno de sus hijos del insidioso lazo que le tiende el mundo: comunica á mis acentos la autoridad del hado: acepto la responsabilidad de la sentencia que emana de mis labios; respondo con mi salvacion de la santa violencia que os hace caer á

mis plantas sin oponer más resistencia: ¡obedeced á Dios, que truena en mi voz!

¡Creí sentir entónces la mano y el trueno de Dios que me abrumaban con su peso y con su estampido en la tierra; petrificado de horror, con todos mis sentidos como heridos del rayo, caí sin voz y sin aliento á sus piés: efectuóse entónces una trasformacion divina en todo mi sér, y cuando me levantó el anciano del suelo, era yo sacerdote!....

El anciano se arrodilló á su vez á mis piés, y confesó su vida al Dios que le escuchó; en seguida me hizo celebrar para él el santo sacrificio, sirviéndonos de Calvario una piedra saliente del calabozo; sobre aquel altar de lágrimas, un pedazo de pan fué la imágen de Dios que le partió mi mano; una copa de madera hizo las veces de divino cáliz, en el que el vino figuró la sangre del sublime sacrificio; y la linterna, despidiendo fúnebres resplandores, representó el cirio y el blandon de nuestras solemnidades.

Yo iba repitiendo las palabras que el anciano me dictaba: cuando llegué al momento en que, recordando el sacerdote la simbólica despedida de la última Cena, ve en aquel pan un cuerpo y en este cuerpo un Dios, el sitio, la emocion, aquellas tétricas paredes, el eco de las palabras sagradas que circulaba por las tinieblas, aquel moribundo á mis piés, pidiéndome con los ojos, en un éxtasis divino, el

alimento de su muerte, el sentimiento confuso de sacrificarme yo mismo á esa caridad cuyo emblema tenía en la mano, la resonancia de mis ideas en mi interior, todo, en fin, contribuyó á concentrar mi alma en un relámpago de fé; creí percibir al Dios que sufre y consueta, arrancado del mismo cielo por la palabra sagrada, descendiendo y trasformando en nueva sangre el vino, el pan del prisionero en divino alimento, y creí tambien humanizar al Verbo y divinizar al hombre en ese pan consumido por nuestra fé! Su labio le aspiró en un arrebato de amor; la lámpara se extinguió en la sombra... Era ya de dia.

¡El sordo rumor de la muerte nos hizo adivinar la hora! El carcelero vino á abrir la lúgubre mansion y á buscar al anciano para que se encaminase al caldoso; cayeron sus cadenas dejando una profunda huella en sus carnes; para que pudiese llevar á cabo el fatídico viaje hubo necesidad de sostener su cuerpo, minado por la edad; yo le serví de apoyo, vestido de carcelero; su brazo paralizado se afianzaba en el mio, y bendiciendo á sus verdugos con su aspecto y su sonrisa, se dirigía al martirio cual pudiera marchar al triunfo, sabiendo que, en estos combates de fé, la victoria es del que cae y muere por su ley!

Ayudé á su mano temblorosa y á su vacilante pié á subir las gradas de la fatal escalera; acompañéle hasta el mismo tablado, al pié del cual se agitaba y rugía un populacho vil; pero él, sin prestar atencion

á aquel estúpido blasfemo, buscaba en mi mirada amiga el adios supremo; lo leyó en ella, é inclinó la cabeza sobre el fatal pilar como si la hubiese reclinado sobre blanda almohada para dormir. ¡Entónces ví brillar la muerte en el relámpago de la cuchilla! Yo mismo caí teñido en sangre del mártir percibiendo un confuso rumor de gritos, ya porque el horror de la sangre hubiera paralizado mis sentidos, ó ya porque, animado por Dios de varonil entereza mientras no hube cumplido sus mandatos, una vez consumada mi obra y muerto el anciano, no me fuese posible sacar nuevas fuerzas de mis esfuerzos, ó ya en fin porque viendo de nuevo la imágen de Laurencia momentáneamente borrada de mi corazón, desfalleciese herido por mi propio pensamiento!...

.....  
La misma fecha, en el mismo sitio  
y la misma noche.

¡Al fin respiró! ¡Oh divina Providencia, en todas partes se te encuentra solícita! He revelado el terrible secreto á una hermana del obispo, santa y amable señora, que vive enteramente consagrada en este recinto al servicio de Dios, y me ha contestado que mañana mismo irá en persona á la montaña á recoger á Laurencia, asegurándome que la amará como una hija hasta que avisada su familia por una carta,

venga á hacerse cargo de ella para ponerla en posesion de su nombre y de sus bienes que las leyes le devuelven.

.....  
12 de Agosto de 1795.

Precedido de la hermana á quien acompaña el pastor, he subido esta mañana, débil y solo, á la montaña, deteniéndome, vacilando, retrocediendo, como hombre que duda ó que se encamina al suplicio. Al llegar á la orilla de la profunda garganta, cuyas ondas habian menguado tres dias de sol, he visto dos abetos atados uno á otro, apoyados por sus respectivos extremos en ambas orillas, puente echado sin duda por los dos pastores para facilitar el paso de la pobre hermana. Acababan de atravesarlo, y sus voces llegaban á mi oído. Mientras ellos buscaban una salida, yo les tomé la delantera por ciertos barrancos que tantas veces habia cruzado en mis juegos, y llegué á la gruta ántes que ellos la hubiesen divisado. Anhelando y temiendo á la vez penetrar en ella, hube de reunir todas las fuerzas de mi corazón para seguir adelante. Aparté con una mano el follaje del haya, me afiancé con la otra á la hendidura que hacia las veces de ventana, y con el corazón destrozado, sin aliento y casi sin vista, sondeé de una mi-

rada hasta el fondo de la gruta. La ví, mi corazón gritó en mi seno: «¡Laurencia!» pero mis labios ahogaron silenciosos este grito.

Estaba de rodillas, sentada sobre sus talones, apoyando sus miembros vacilantes contra la roca: tenía la pálida y pensativa frente caída sobre el pecho, como si la abrumara un peso insoportable; sus desfallecidos brazos ceñían el cuello de la cierva, recostada en sus rodillas, y estrechaba inerte y convulsivamente al animal que enderezaba sus orejas y la miraba con ternura, esperando también al parecer á aquel á quien ella aguardaba. Los largos cabellos de la joven caían en espesas matas sobre las astas de la cierva; de vez en cuando alzaba la vista sin brillo y melancólica, como para dar paso á las lágrimas que sus ojos no sentían brotar de sus caídas pestañas: su respiración, que agitaba con desigualdad el seno, salía á intervalos convertida en suspiros y sollozos...

El rumor de los pasos que resonaron sobre la cueva despertó con sobresalto su oído y su alma; irguióse como un muerto á quien se llama, corrió con los brazos abiertos y exclamó: «¡Jocelyn!» La hermana se presentó en la sombra. «¡Oh cielos, no es éll!» Vaciló, buscó un apoyo en la piedra, y con fulgurante mirada, fija como su alma, miró sin despegar los labios á la mujer y á los pastores.

—Hija mía, le dijo la hermana, venid, nada temáis. Vengo á recibirlos en mis brazos como una

criatura, y Dios que os dió y que os priva de un hermano, en lugar de él os envía en mí una madre.

Entónces se lo refirió todo en pocas palabras; cómo Dios había prevalecido en mi destino; en virtud de qué votos, arrancados á mi alma sorprendida, me había entregado la muerte, ensangrentado, en brazos de la Iglesia, y por consiguiente que debía borrar para siempre de su corazón mi nombre y todo aquel dulce pasado.

—Es un pueril ensueño que se echa de ménos y se llora, pero que un rayo de luz disipa en un momento, y del cual no quedará más que un agradable recuerdo, y un amigo invisible que rogará á Dios por vos.

Laurencia escuchaba á la hermana inmóvil, abstraída, con la diestra extendida hácia ella, como si quisiera rechazar con la mano y con los ojos cada golpe con que la herían aquellas palabras y que en vano procuraba parar: tenía los ojos desmesuradamente abiertos, pero vagos, perdidos en el vacío, los labios convulsos, entreabiertos, lívidos, y la boca sin palabras para expresar su dolor: parecía una estatua de mármol, cuya palidez tenía.

De pronto subió desde su corazón á sus descoloridas mejillas una repentina idea; su frente recobró vida y se enrojeció un poco; la cólera animó sus ojos con un sombrío fulgor; sus cabellos, aplanados por la angustia en su cabeza, ondularon semejantes á las

olas de un mar proceloso, y sus labios, frunciéndose bruscamente con enojo, reunieron al horror la sonrisa del desden, hasta tal punto que la hermana juntó temblando las manos, y los pastores retrocedieron de espanto ante su furibunda mirada.

—¡Ah, mentís! exclamó; quienes quiera que seais, idos solos á reuniros con los que os han enviado: ¿crefais sin duda que yo era una niña fácil de engañar? Idos, mi corazon no caerá en tan groseros lazos. ¿Queríais aprovecharos de un dia de ausencia para arrancarme del sitio donde aguardo su regreso? Si así es, desengañaos, señora: antes arrancaríais el cuerpo al alma, ese fragmento á la roca endurecida por los siglos, que mi corazon de su corazon y mis piés de aquí...»

Su sonora voz vibraba conmoviendo la roca, y su mano convulsa, adherida á sus paredes, parecia aferirse á los ángulos con tanta energíá que se hubiera creído que sus dedos se empotraban en ellos. La hermana le dijo:

—¡Pobre jóven insensata! ¡Oh Dios mio! ¿Cómo desvanecer esa idea de su corazon?

Y enterneciósese su voz, y su mano enjugó lágrimas que no pasaron desapercibidas de Laurencia.

—¡Lágrimas! ¡lágrimas! exclamó con sobresaltado acento: si no creo en sus palabras, ¿deberé creer en su llanto? Si mintieran, ¿me demostrarían esa compasion?

Pareció que se abría paso en su corazon la terrible duda, y luego, apretándose la frente con su mano rígida y helada, como el que desea librarse de una abrumadora pesadilla, replicó:

—¡No, no! ¡No creo á nadie más que á él! ¿Acaso puede huir como un vil perjuro? ¿Me habría por ventura sacrificado cual otro Cain, cuando Dios y mi padre me confiaron á él? ¿Me habría abandonado en este espantoso desierto, cual corderillo encontrado al que se acaricia y se olvida despues? ¡A mí, á su hija, á su hermana, nutrida por espacio de dos años con la misma leche que él! ¿Se habría inmolado sin remordimiento á su Dios? No! ¡Hubiérase derrumbado ya esta cueva sobre mi cabeza! ¡Ese corazon, en el que jamás tuvo entrada ni la sombra de un crimen, se habria abierto bajo mí como un abismo, tragándome viva en su muerte! No, no puede ser verdad. ¡Habéis mentido! Sí, vuestra vil mentira es además una blasfemia, y aunque él mismo me lo dijera, no daría crédito á sus palabras.

Luego, con voz más baja y con más abatido aspecto, añadió:

—¡Ah, Jocelyn! ¡ah, hermano! ¿en dónde estás? ¡Ah! Si pudieras oírlos desde el pié de los montes, ¿cómo volarias á defenderme con tu mirada vengadora! ¿Cómo los desmentirías con tu sola presencia! ¿Cómo los abrumarias con tu sola vista! ¡Jocelyn! ¡Jocelyn! ¡Acude á través de la distancia! ¡Ven á

arrancar de sus manos á tu Laurencia! ¡Ven á devol-  
verme ante ellos, en tus brazos abiertos, ese asilo en  
el que mi corazon desafiaria al universo entero!....

No pude resistir más los impulsos de mi alma, y  
me lancé desde la sombra en medio de aquella esce-  
na; resonó en la gruta un prolongado grito de ale-  
gría, y en su gozoso enajenamiento se precipitó de  
un salto sobre mi corazon; ciñóme el cuello con sus  
manos enlazadas; con sus helados labios rozó mi  
frente y mis ojos; se plegó á mi cuerpo como una  
culebra, y oprimióse contra mi seno cual si quisiera  
hundirse en él; me estrechó, me sofocó con tan ve-  
hementes abrazos, que todavía siento en mis manos  
la impresion de las suyas; por último, enlazándome  
el cuello con el brazo como en otro tiempo, se quedó  
suspendida de él con todo su cuerpo, arrogante y al-  
tiva.

—¡Atreveos á arrancármele! gritó: ¡preguntadle  
si me ama! aquí le teneis para responderos: habla,  
Jocelyn, diles si es cierto que tu corazon ha vendido  
á tu amigo, á tu amante, á tu hermana; diles si me  
has precipitado á sus piés desde ese seno en el que  
Dios me habia depositado: diles si has renegado, aún  
á la voz de Dios, de este amor, nuestra vida en este  
sitio.

Dibujábase en sus labios una sonrisa áspera y so-  
berbia, y todo su continente parecia desafiarnos  
mientras proferia aquellas palabras.

—¡Pero habla, Jocelyn, habla á esos hombres: vén-  
gate, vénganos, y diles quiénes somos!

En el primer momento, el instinto ciego del cora-  
zon me tenia allí como clavado, sin vista, sin voz,  
sin movimiento, como un insensato que, caido en un  
precipicio, no siente el golpe hasta llegar al fondo,  
en la roca que le abisma. La sacudida que su grito  
causó en mis sentidos me rodeó de pronto de horri-  
ble claridad; sentí que mi propio brazo se condenaba  
á profundizar más el puñal en el único corazon que  
me ama. Traté de huir por sorpresa, de desprender  
su brazo que parecia anudado á mi hombro; mas  
como si fuese un nudo corredizo que se aprieta más  
y más á cada esfuerzo, cuanto más procuraba des-  
prenderme, más sujeto me tenia. Por fin dando un  
brusco salto, me escapé de sus brazos.

—¡No, le dije de rodillas, no, no me toques; no,  
no soy el que te figuras; soy!....

—¡No prosigas! exclamó.

—¡Un sacerdote! ¡Por debilidad, ó más bien por  
abnegacion, he hecho traicion á mi hija, á mi amor,  
á mi ventura, á mi juramento; por ofrecer al cielo  
mi espantoso sacrificio, he bebido en mi primer cáliz  
tu sangre y la mia! ¡Huye de mí, no me des siquiera  
el adios postrero; no bajas tus ojos sobre un misera-  
ble como yo; pisotéame como á un vil gusano; al  
pasar sobre mi cuerpo aplástame con tu pié: maldí-  
ceme sin remordimiento, sin piedad; echa con tu

menosprecio un velo sobre mi memoria eclipsada y ni siquiera vuelvas á pensar en mí!

¡Y con la frente postrada en el polvo, envilecido, prosternado, me arrastré hasta sus plantas, para que al pasar colérica sobre mi cuerpo, pudiera estrujar mi vida y mi frente contra el suelo; mas ella, desviándose paso á paso de esta frente rastrera como se huye á la vista de una serpiente, con las manos extendidas y abiertas con horror, las pupilas fijas y petrificadas, lanzó un grito, uno tan solo, como si todo su corazón, herido de un solo golpe, hubiera estallado de horror! Grito terrible y postrero del alma desfallecida, eco del golpe que derrumbó una vida y que resonará en mis oídos hasta la tumba; luego se desplomó sobre las puntas de la peña, que su frente tiñó de sangre, sus miembros cayeron inertes sobre mis miembros y sus manos al tocar las mias las helaron.

Yo comunicaba el calor de mi corazón y estrechaba entre mis brazos, á aquel cuerpo, á aquellos miembros fríos disputándolos á la muerte; me increpaba á mí mismo prodigándome los epítetos más crueles; llenaba de besos, ¡oh ángeles, perdonadme! aquella frente ensangrentada, aquellos ojos, mientras decía: «¡Laurencia, despierta! ¡Oh! ¡Vuelve en tí á mi voz! ¡Si vives, abjuro mis infames virtudes y mi sagrado perjurio! ¡No he pronunciado nada! ¡No más altar, no más separación! ¡Ah! ¡Mi Dios está en tu cora-

zón, en tus brazos! ¡En ellos no tendré más llama que tu llama, más cielo que tus ojos, más alma que tu alma! No, no, han mentido; vuelve á la vida; el infierno es imposible con semejante amor.»

La hermana y los pastores se acercaron, helados de terror; arrancáronme á la fuerza de los brazos contraídos de Laurencia, cuyo seno, reanimado sobre mi corazón, recobraba por grados vida y calor; ví los blondos cabellos de su blanca frente, que oscilaba sobre las parihuelas, arrastrando al sacarla de la gruta, como se ve el último repliegue del ala de un ángel; mientras que, postrado por el horror y el delirio, sin poder dar un paso para disputar mi vida, con la mirada fija en la puerta por donde la he visto desaparecer, permanecí tendido en la roca, donde estoy..... ¿desde cuándo? ¡Lo ignoro; todos los días son noches para mí!

.....

Gruta de las Águilas, 15 de Agosto de 1795.

.....  
 .....  
 ¡Oh Jesucristo! ¡Cómo tú, he sudado mi agonía en estas tres dobles noches de horror y de insomnio!  
 ¡Ah! ¡Por qué no me dice también esa voz en mi Gethsemani: «Todo está consumado?»

Después de haber vivido dos años del pan de la vida, del amor rebosante que tu cielo nos envía, ¿podría vivir aquí abajo de esa hiel mezclada con agua? ¿Podría soportar la onerosa carga del pasado, seguir día tras día, sin soñar, sin esperar lo que cada uno de ellos sueña y ninguno debe devolverme, y andando todas las noches sin rumbo y sin objeto, decirme: «Nada aquí, nada allí, nada mañana?»

Mi vida es una tumba donde Dios mismo condena el recuerdo; corazón muerto, semejante á la lámpara profana que no debe arder ya en la paz del sepulcro, es forzoso también que extingas tu antorcha: es forzoso que, si tu fuego arde latente ó tu sangre mana, lo apague ó la estanque siempre la mano de hielo! ¡Oh alma mía, vivir así es un esfuerzo sobrado rudo! ¿Por qué despertarme? ¡La muerte, Dios mío, la muerte!

.....  
 ¿La muerte? ¡Sí, si tal vez fuese hombre todavía!  
 ¡Perdonadme, Dios mío, olvidaba que soy sacerdote!  
 ¡Sacerdote consagrado por la sangre en un calabozo!  
 ¡Hombre inmolado ya y ya regenerado, víctima humana ofrecida al Dios que el holocausto adora, cuya carne palpita y humea todavía en el altar, y que se ofrece por sí misma, ántes de atreverse á ofrecer la oración de un mundo en que rogar es sufrir!

.....  
 ¡Dios me priva para siempre del néctar de sus de-

licias; pues bien, apuraré la copa de los suplicios, y en los vasos de hiel en que el hombre bebe sus lágrimas absorberé con él las gotas de sus dolores. Prorumpiré en el grito de todas sus alarmas, probaré la amargura y la salobridad de su llanto: todos sus gemidos gemirán en mi voz, como en los del Justo inmolado en la cruz, y desde el apogeo de mi dolor como él desde su Calvario, abriré mis ensangrentados brazos á la tierra para abrazar, llevado de santa amistad, á todos mis hermanos desterrados, víctimas de la miseria y dignos de conmiseración!

Mi amor fué mi vida; al purificar su llama, préstame, ¡oh buen Jesús, tu caridad por alma! ¡Haz que ame al mundo con el mismo amor que sentí por el ángel ausente que tan sólo un día columbré! ¡Haz que cada hijo del hombre sea á mis ojos otra Laurencia! ¡Sí, hazme vivir así de amor y de esperanza! ¡De esperanza! ¡oh Dios mío! no condeneis esa gota de agua del cielo caída en la tierra que el hombre bebe en su mano sin detenerse para beber: ¡la esperanza mía, oh Señor, es mi memoria! Sí, cuando hayan sido contados nuestros días de ausencia, cuando nos hayamos remontado por distintos caminos al seno creador del que bajaron aquí nuestras almas gemelas, ¿volverán á conocerse? ¡Yo me olvidaré á mí mismo, oh Laurencia, antes que á tí! ¿Acaso no soy yo ella? ¿Ella no es yo? ¡Renacer sin verse ni conocerse, sería volver á morir, oh Señor, pero no renacer!



Sí, tu cielo entero no está en tu seno, Dios mio, si no está tambien el eterno regreso despues del breve adios, la mirada sin fin, el prolongado grito de júbilo que el alma envía á su hermana el alma al encontrarse, el inmortal abrazo en que todo lo que se amó halla de nuevo el dulce nombre con que lo nombró el amor! Sí, en las profundidades del cielo en que te velas, en esos espacios azules, en esos estrellados senderos, hay, oh Padre, una mansion suprema, que tu mano prepara como un nido para el santo amor; hay desiertos en tus cielos velados de misterios, cimas como aquí, grutas solitarias en que las almas se refundirán en tí para amarse, y á las cuales apenas se acercarán tus ángeles.

¡En tu magnificencia, oh Padre, fio! Tú devuelves cien mil veces lo que se te sacrifica; mas yo no deseo nada en la tierra. ¡Otros sueñan con su cielo; yo he visto ya el mio!....

.....

En la Gruta, 16 de Agosto de 1795.

¡Entre tanto, abrumado bajo esta árida roca, ciérrate, corazon mio, como un sepulcro vacío, ó como engañosa carne que, despues de la herida, cubre por algun tiempo la bala ó el hierro, presentando exteriormente la apariencia de la vida, mientras que bajo

la carne todo es muerte y sufrimiento! ¡Unico suspiro de mi corazon, duerme en su más profundo repliegue, que tu nombre subsista para siempre sepultado en él! ¡No subas jamás desde el fondo de mis pensamientos á mis ensueños desvanecidos, á mis labios helados! ¡Que los hombres no adivinen jamás que al amarlos era á tí á quien en realidad amaba! ¡Que el alma de mi caridad era un misterio, que vivía del cielo mientras andaba por la tierra!.... ¡Que la divina llama de esa caridad consuma y devore tu nombre en mi lengua; que ninguna boca humana lo sepa; que hasta el día de mi muerte mi pecho oculté á todos, excepto á Dios, ese nombre, secreto idolatrado, como un tesoro que aparece visible al secarse las olas!

Pero ¿y ella? ¡Oh! ¡Que viva á costa de mi vida! ¡Sí, yo quiero, Dios mio, que Laurencia me olvide! ¡Por el amargo recuerdo de nuestro amor, os suplico, Señor, que no emponzoñeis la copa de su ventura, y que dichosa sin mí!.... ¡Pero que se acuerde de mí en la tumba á donde mi alma irá á buscar la suya!



